

Pilar del Río: traducir a Saramago

Entrevista: María Luisa Miretti
(Universidad Nacional de Rosario)

Saramago estremece desde las primeras líneas en cada uno de sus libros y ellas, siempre, condensan el amor profundo a Pilar –Pilar del Río, su mujer–. Cada dedicatoria resume a modo de epígrafe la esencia de esa unión visceral que los constituye y caracteriza como personas, como pareja: *A Pilar, siempre; A Pilar, hasta el último instante; A Pilar, los días todos, ...*

98 99

Esa Pilar, refugiada en Blimunda (personaje entrañable de *Memorial del Convento*), es quien hoy –con la generosidad que la caracteriza– se ha prestado a acompañarnos con sus agudas reflexiones sobre la tarea del traductor. Hay que leerla detenidamente para inferir el alto grado que le adjudica a la pasión y al amor como elementales en la función, que no es otra en definitiva, que la tarea de escribir (basta recordar su *Maldito Quijote* para valorar su pensamiento).

Responsable directa de las lecturas que disfrutamos de Saramago, nos acerca desde el comienzo, cómo el azar o la vida la fueron llevando a ser hoy su traductora en un trabajo casi simultáneo de creación y transferencia. Nada escapa a su letra, como nada escapa a su visión ética, en una tarea conjunta que –más allá de la vida común– hacen de estas personas seres dignos, solidarios, por el respeto natural que ambos ensalzan y prodigan. No hay mentiras ni discursos vanos, sino una entrañable fe en el hombre y en la palabra –tal como nos anticipa Saramago en su versión poética:

Si no tengo otra voz que me desdoble
En ecos de otros sonos este silencio,
Hablo, sigo hablando, hasta que sobre
La palabra escondida de lo que pienso.

Adriana Crolla –estudiosa permanente de las “comparadas”– fue la propulsora de la presente iniciativa para, por mi intermedio, sellar este feliz acierto que auguramos provechoso por la calidad de su contenido.

Pilar del Río: traducir a José Saramago

Comienzos como traductora

Comencé a traducir casi por casualidad. El traductor al castellano que tenía Saramago era Basilio Losada, catedrático en la Universidad de Barcelona y excelente amigo. Ocurrió que cuando la presentación de *Ensayo sobre la ceguera* en Madrid, Basilio llegó con gafas oscuras y bastón y anunció que seguramente

ése habría sido el último libro traducido, porque se estaba quedando ciego. Imagine el impacto entre los lectores que acudieron a la presentación... Luego, afortunadamente, con una operación simple, Basilio volvió a su visión normal, pero para entonces yo ya estaba traduciendo el siguiente libro y no pensaba dejar la tarea por nada del mundo. Se lo comuniqué a Basilio, que ya he dicho que era amigo, y él lo entendió. Incluso le vino bien, porque estaba escribiendo una novela que le ocupaba el poco tiempo que le dejaba la universidad, las tesis de los alumnos y una que él mismo estaba haciendo en Teología y en alemán, o sea, doble salto mortal. Y así empezó mi vida de traductora. Desde entonces soy la primera lectora de Saramago y podemos trabajar de tal forma que las ediciones portuguesa y española salen a la calle de forma simultánea.

Obras traducidas y método

Desde *Ensayo sobre la ceguera* vengo traduciendo todo: las novelas, los cuentos, los artículos, los discursos... Incluso el discurso de aceptación del Nobel, que el mismo día que iba a ser leído vimos que sólo lo repartían en sueco, inglés y portugués, no en español, pese a la cantidad de medios de comunicación que se habían desplazado hasta Estocolmo, tanto de España como de América Latina. Entonces, en la máquina de un periodista, sin medios, sin tiempo, sin haberlo pensado antes, en un santiamén tuve que improvisar una traducción que fue repartida a la prensa, porque mejor eso que nada. Pero desde luego, un texto como ése no se puede trabajar así, de ninguna manera... En fin, ocurrió y ya está.

Los criterios de publicación, en el caso de Saramago, no los marcan ni las editoriales ni el mercado: afortunadamente su trabajo es siempre esperado como agua de mayo, de tal forma que cuando se anuncia que está escribiendo un nuevo libro editoriales y lectores se ponen en alerta. Es una relación simple y fluida: el escritor escribe, la editorial publica, el lector lee. No median ni campañas publicitarias, ni el mercado establece sus reglas: Saramago llega a donde tiene que llegar y su relación con los lectores es de tú a tú, sin artificios ni trucos.

Ventajas e inconvenientes de traducir de una lengua tan similar

Mira, son mayores las dificultades que las ventajas. Y esto por una razón que tiene que ver tanto con el enamoramiento como con el respeto: cuando se disfruta con el texto en original, con el portugués que escribe Saramago, que es muy recio, muy poderoso, que tiene una música que te envuelve y te acompaña, incluso te enreda, es muy duro salir de ella para buscar la propia armonía. Que por fuerza tiene que ser distinta, ya que son dos idiomas distintos, con características propias muy definidas que hay que mantener, porque tratar de acercarlos sería traicionar a los dos. Y a veces, el respeto reverencial que siento por la escritura de Saramago me maniata, trato de que el español sea lo más parecido al portugués original, y eso no es bueno, como ya he dicho antes. Tengo que luchar para que el

brillo que me deslumbra no impida que le dé al texto las vueltas que necesita para decir lo mismo, pero con las palabras de mi idioma, construyendo correctamente, no inventando un falso español. Creo que es más fácil traducir de un idioma alejado del propio, que de uno que se presenta con tantos falsos amigos, con vocablos similares que sin embargo quieren decir cosas distintas, con construcciones que te arrastran, que parecen propias, nacidas de las más puras entrañas del propio idioma, y sin embargo se está incurriendo en múltiples faltas. Porque otra cosa que he aprendido es que las licencias se las puede tomar el autor, pero nunca el traductor. El traductor tiene que ser fiel al original que traduce y al propio idioma, lo que a veces plantea dilemas. En fin, el traductor opta, luego firma la traducción y sobre ella recaerá el juicio crítico.

100 101

Método de traducción

Depende de lo que traduzca: si es una conferencia, un ensayo o un artículo, actúo como cualquier otro traductor: Saramago me pasa el texto y yo lo pongo en castellano. Pero si es una novela, entonces la relación sí es de privilegio: cada noche Saramago me entrega lo que ha escrito, yo lo leo, lo releo, lo dejo dormir, y a la mañana siguiente lo traduzco. De esa forma vamos trabajando al unísono, la traducción está lista pocas horas después de que el autor haya puesto el punto final. En el caso de *Ensayo sobre la lucidez* José terminó el libro a las 4 de la tarde y a las 8 yo acabé la traducción. Claro que luego, en el proceso de elaboración del libro, al revisar las pruebas, el autor corrige, añade, suprime y yo espero hasta las últimas pruebas, hasta la versión definitiva, para corregir mi propio trabajo. En cualquier caso, son modificaciones mínimas, porque cuando Saramago escribe en el papel ya tiene la historia y hasta la frase escritas en la cabeza. Él no ensaya sobre el papel, cuando se pone ante la máquina es porque lo tiene claro. De ahí que no haya grandes cambios en las distintas versiones, entendiendo por versión cada corrección de pruebas. Todo lo más una palabra por otra, una reiteración que se evita, una coma que se quedó mal puesta... Nada importante, por eso la revisión es más delicada, porque son cosas casi imperceptibles.

La traducción como acto de creación

Supongo que los grandes escritores que por amor a ciertos libros o por amistad con los autores traducen títulos que les hayan gustado o que se hubieran comprometido, se pueden permitir licencias, pueden, y esto lo he visto en poesía, recrear al autor sobre el que están trabajando. Pero los traductores normales, lo mejor, lo único que podemos hacer, es respetar al autor, sin ninguna licencia, que aquí, en este caso, se llamaría traición. En cualquier caso, a mí me gustaría hacer un día una traducción sin el miedo al texto, sin pensar que puedo traicionar algo que ha sido escrito de una manera para ser leído así, me gustaría leer al autor, interiorizarlo y ponerlo luego en mi

idioma sin mayores ataduras, olvidando la forma que el autor utilizó pero manteniendo el estilo. En fin, esto es una locura, pero me gustaría. Por eso digo a veces, en broma, claro, que ningún autor mejor para traducir al español que un japonés del s. XXV: con él se podría hacer lo que viniera en gana, que ni él iba a protestar ni te ibas a encontrar a muchos contemporáneos pidiéndote cuenta de tu trabajo, porque no son tantos los amigos que lean el japonés como para andar criticando...

La función de traductor

Los traductores siempre han sido necesarios. Como dice Saragoma, “los escritores hacen las literaturas nacionales, pero la literatura universal, ésa la hacen los traductores”. El hecho de que cada vez sea más fácil, sobre todo en el mundo más desarrollado, hablar y poder leer varios idiomas, no significa que no haya millones y millones de personas que necesitan la mediación del traductor. Creo que no se podrá prescindir de este oficio, de esta especie de sacerdocio laico que es la traducción literaria. Por supuesto, tampoco la legal o la técnica. Y hablando de técnica: bueno sería que las instrucciones de los electrodomésticos, por ejemplo, estuvieran realizadas por personas habilitadas: jamás consigo entender qué ponen. Creo que este fenómeno está generalizado, que somos muchas las personas que preferimos indagar por nuestra cuenta, o simplemente dejar de utilizar un artefacto antes de conseguir descifrar el rompecabezas de unas simples instrucciones de uso.

Líneas teóricas de traducción

No soy una teórica de la traducción, como ha podido verse por las respuestas que ya he dado. Llegué a la traducción como tantos otros, por amor a un texto, a una lengua, a un autor. Llegué y me quedé. Por supuesto, he leído libros sobre la materia, pero no estoy capacitada ni para exponer teorías ni me siento en disposición de sujetarme a una escuela. A los expertos, a los que por supuesto respeto, mis ideas acerca de lo que hago les deben parecer pintorescas. Quizá lo sean, quizá no sea políticamente correcto decir que se traduce por amor y sin embargo digo y sostengo que para que una traducción respire y evoque, no el espíritu, que eso lo proporciona la técnica, sino algo más sutil, quizá el perfume de las palabras, el olor de las manos del escritor, quizá, para poder trabajar así, sea necesario el amor. Al texto, al autor, al idioma.

La traducción como puente cultural

Si cada libro lleva dentro a su autor, está claro que una buena traducción tiene que mostrar a ese autor, tantas veces escondido entre los meandros de la acción y del estilo. Pero, insisto, el aliento del autor tiene que estar presente o al menos, se ha de intentar que esté presente. Y como cada autor transporta su cultura, una forma de estar en el mundo, es lógico que la traducción contribuya a acercar sensibilidades distintas. Creo que

en mi caso he contribuido a hacer más próximo ciertos aspectos de la cultura portuguesa que Saramago, aún cuando no hable de su país, expone y de una forma muy rotunda. Saramago es un autor moderno, algunos dicen que posmoderno, expresa muchas de las inquietudes y angustias del hombre contemporáneo, habla desde nuestro tiempo, a través de personajes normalmente urbanos, y sin embargo se detecta siempre un trasfondo milenario, el peso de la historia y de una cultura que ha tenido muchos siglos para acrisolarse. Ser consciente de esto, trabajar con materiales tan fascinantes y tan sutiles, es una responsabilidad y un orgullo. Y así es como me siento ante el reto de otra nueva traducción de Saramago: orgullosa, amedrentada, ansiosa, Feliz por poder hacer este trabajo que va a acercar a un autor que adoro a incontables lectores de mi lengua. Con la responsabilidad y la urgencia de hacerlo bien, porque el autor y el lector se lo merecen. Con alegría y con mucha pasión. Sí: era la palabra que faltaba y sin embargo es una constante en mi trabajo. Sin la pasión por la literatura y por la obra de Saramago no estaría aquí, porque al final la pasión es lo que da sentido a la vida y a las cosas de la vida.